



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios....	» 5	PROVINCIAS: trimestre.....	» 3	Extraordinario.....	» 0,50
		EXTRANJERO: año.....	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

¿A QUÉ VIENE?



Asegúrase en los círculos taurinos, que ha llegado a Madrid recientemente el legítimo empresario de nuestra Plaza de Toros, D. Bartolomé Muñoz, el auténtico, «la verdadera tía Javiera,» vamos al decir. ¿A qué viene? ¿Qué proyectos trae? Doctores tiene la Iglesia que podrán contestar á esas preguntas, que tienen más miga de la que á primera vista parece.

Dícese por algunos, que trae el propósito, muy laudable por cierto, de poner mano en el negocio que le trae preocupado, para conseguir nuevos ajustes de matadores para la segunda temporada de este año, y aun para el año próximo, toda vez que hasta ahora no ha conseguido grandes entradas en la Plaza con los que tiene escriturados: y otros aficionados creen que variará completamente las cuadrillas, y hasta la forma de las corridas, presentando otro ganado, más escogido entre lo bueno, del que hasta ahora ha dado al público de la corte.

¡Trabajo perdido y viaje inútil! Las corridas de toros, por causas de todos conocidas, y que ya hemos expuesto cien veces, sufren actualmente una crisis muy difícil de conjurar, y no consideramos al Sr. Muñoz con fuerzas bastantes para dominarla. Se encuentra en malas condiciones y difíciles, porque paga caro el arrendamiento del Circo; porque cuestan los toros, si han de ser buenos, un dineral, y porque los toreros cobran más de lo que merecen; todo lo cual le imposibilita bajar los precios de las localidades, que es lo que el pueblo quiere: y se halla también en mala situación respecto de éste, porque no ve ya el espectador la lucha que, con honra para el arte y provecho para ellos, sostuvieron tantos años el afamado Lagartijo y el incomparable Frascuelo, excitando los ánimos de sus respectivos partidarios con su habilidad, su valor y su inteligencia. Ese tiempo concluyó, y es difícil que vuelva tan pronto; no porque los tres ó cuatro matadores que ocupan hoy los primeros puestos, no se esfuercen y hagan, á veces, faenas tan buenas como las que aquéllos realizaron, si no porque no hay entre ellos *competencia*, que es la que estimula á los aficionados á no ver en sus apadrinados más que lo bueno, olvidando lo malo ó lo mediano.

Eran aquellos hombres dos tipos opuestos: en el uno se veía maña y gracia realizando las suertes de muleta y largas con el capote; en el otro atrevimiento en los quites, seriedad y valor á toda prueba; y si el uno mataba siempre del mismo modo, el otro daba á esa suerte una majestad artística, que producía el asombro entre los circunstantes. Poseedores ambos de los secretos del arte, cada uno los aplicaba de distinta manera, y esa diversidad de ejecución, producía el entusiasmo y fomentaba la afición á las corridas de toros.

Ahora, salvas algunas pequeñas diferencias, todos lidian de igual manera, todos matan del mismo modo, todos hacen los quites á capote abierto, un recorte y á recoger aplausos del vulgo. Si no hay diferencia, ¿cómo ha de haber *competencia*? Todos se arriman á las reses con igual valor, y todos se arrancan por derecho, más ó menos limpiamente; y claro es, el público no encuentra diferencia ostensible, y aunque aplaude á unos y á otros, cuando el resultado de una suerte corona favorablemente sus deseos, siempre se encuentra frío y sin entusiasmo. ¡Ah! Si esos espadas tan valientes, se hubiesen decidido á *recibir* toros, la fiesta ya variaría de aspecto, y el empresario podría acariciar la esperanza de volver á ver la Plaza llena de espectadores; que es mucha la gente que desea presenciar la ejecución de la suprema suerte. Hubo un tiempo en que creímos capaces de practicarla á Mazzantini, Guerra y El Espartero; pero los años pasan y ninguno la intenta siquiera por cumplir.

Y como no hay ese aliciente que resucite la afición y nadie viene á traerle, por desgracia: como esos toreros, por buenos que sean, no presentan novedad alguna en sus faenas, el espectáculo decae, y no lo levanta D. Bartolomé Muñoz ni el Preste Juan de las Indias. Véase lo que sucedió hace dos años cuando se presentó en Madrid el entonces novillero Reverte: nada indicaba en él una inteligencia superior en el arte del toreo, pero trajo la novedad (ahora, que ya la teníamos olvidada desde José Redondo), de dar unos lances de costado, capote al brazo, y esto bastó para despertar entusiasmo, porque traía algo que no se contemplaba de ordinario; del mismo modo que al aparecer en la arena Mazzantini, Guerra y Espartero, ya con su clásica manera de armarse para dar la muerte, ya con

sus atrevidos desplantes, ya con su inverosímil tranquilidad, arrebataron al público que observó actos distintos de los comunes, pero que pasando el tiempo, se han convertido en rutinarios, sin excitar emulación entre unos y otros, y mucho menos competencia.

Volvemos á decirlo: sin ésta, no tienen hoy las corridas de toros aliciente bastante para atraer gente nueva que las presencie. Podrá el entendido aficionado estar satisfecho del trabajo de los espadas cuando tengan la fortuna ésto de consumir una suerte á ley; pero tanto le dará que la ejecute uno como otro: y siendo así, no despertará en su ánimo el entusiasmo que acrece y se dilata con el apasionamiento. En tales condiciones, grandes actividades y esfuerzos necesita emplear el Sr. Muñoz para sacar la afición del marasmo que experimenta, y obtener la utilidad que indudablemente se propuso al tomar la Plaza en arrendamiento, porque con la marcha hasta ahora seguida, puede que no haya perdido dinero, pero saldrá «comido por servido», como vulgarmente se dice, y eso no le ha de satisfacer, que un negocio en que tanto se trabaja y tales sumas se arriesgan, debe producir, á más de un buen interés al dinero, una mejor cantidad como premio á los desvelos.

Si no ha venido á otra cosa el empresario que á enterarse del mal estado del asunto; si no trae el propósito de cambiar de rumbo presentando toreros y toros de primera nota, ha hecho el viaje en balde y ha perdido el tiempo. Algo hemos oído que se relaciona con las corridas, que el Ayuntamiento proyecta celebrar, en el mes de Octubre, con motivo del cuarto centenario de Cristóbal Colón, y por cierto que de ser exactas las noticias que circulan *sotto voce*, el Sr. Muñoz podría adquirir, si son verdad los deseos que se le atribuyen, un buen nombre entre el pueblo de Madrid y una distinguida consideración entre los aficionados: pero, hoy por hoy, nada nos atrevemos á decir por el temor de quedar desmentidos. No siempre las buenas intenciones se ven realizadas.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.





A. Montañez

R. Esteban lit.^o

NUESTRO DIBUJO

¡MAL ENCUENTRO!

El toro es un animal hermoso y privilegiado, y en nuestra tierra, dechado de la fauna nacional.

Ciertamente es admirable hallar en él la nobleza, con su proverbial fiera en relación amigable;

Ver cómo en su furia loca, terrible é impetuoso, se revuelve por el Coso, derribando cuanto toca;

Y ver también á la par, cómo, sereno y valiente, un hombre tan fácilmente logra á esa fiera humillar.

Mezcla chocante y extraña de enemigas condiciones, mantiene las aficiones más populares de España.

En el viejo y en el niño, que en su lidia se divierte, no hay un bicho que despierte más respeto y más cariño,

Y la importancia especial que la lid le comunica, su preponderancia explica en la fauna nacional.

Tal en el arte taurino es del toro la presencia, mas Dios nos libre, en conciencia, de hallarlo en nuestro camino.

¿Quién la sorpresa describe del que en marcha descuidada, á mitad de la jornada un toro le da el *quién vive*?

Pesada la broma es, y soportarse pudiera, si en el momento se abriera la madre tierra á sus pies;

Mas faltando ese consuelo, pida en súplica ferviente, que obren milagrosamente todos los santos del cielo...

Si después de la oración el milagro es positivo, y más bien muerto que vivo puede seguir la excursión,

Aun debe en sinceros votos expresivas gracias dar, porque ha logrado escapar sin algunos huesos rotos,

Y aguantar la consecuencia del susto que queda dentro, que al fin es... un mal encuentro, lo mismo aquí que en Valencia.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

LAS LÁGRIMAS DEL TORERO



Ibamos solos en el departamento, el espada y yo. Al pasar el tren por la ciudad de X, aquel miró por la ventanilla las siluetas de la población, que en la obscuridad de la noche se dibujaban lóbregamente. Un rato permaneció asomado, y al volver á ocupar su

asiento, exclamó con profunda pena:

—¡Pobre Dieguillo!

Esta frase, dicha con emoción no fingida, y que revelaba un dolor indudable, me llamó la atención extraordinariamente. Tanto, que me decidí á preguntarle la causa de ella. Transcurrieron unos minutos sin que me respondiera, y ya me arrepentía de mi indiscreción; pero cuando me disponía á dar una disculpa á mi compañero de viaje, me dijo con el mismo acento de tristeza:

—¡Dieguillo! ¿Pregunta usted quién era Dieguillo? Mire usted, caballero; yo no entiendo de esas retóricas y finuras con que saben expresar las cosas los que hacen versos y pronuncian discursos; yo, ni siquiera sabré demostrarle lo que siento, pero le diré que Dieguillo es un pedazo de mi alma, un dolor constante que me ocupa el pecho, y parece que me quiere ahogar.

—¿Pues qué le pasa á Diego?—pregunté, comprendiendo en seguida que había dicho una de tantas necedades como salen de los labios, sin que las medite quien las pronuncia.

—Cómo pasarle—me contestó el torero—no le pasa nada, porque á estas horas él sabrá lo que ni usted ni yo sabemos; lo que hay después de esta vida ingrata.

Reinó un momento de silencio, y después continuó mi interlocutor:

—Dieguillo era hijo de unos pobres menestrales. Su historia es la de casi todos los toreros, conforme las cuentan los que escriben sus vidas y milagros. Que empezó á aprender un oficio, que se mostró muy holgazán, que dejó de asistir al taller para torear en las becerradas de los pueblos, y los demás episodios de cajón. Por fin, después de muchas tentativas, muchos desprecios, muchos desengaños, y más pruebas de constancia que todos los disgustos que había sufrido, consiguió que le admitiera en mi cuadrilla. Y á fe que al principio no me arrepentí de haberlo hecho, porque el chico era trabajador, inteligente, arrojado, y supo conquistarse palmas con justicia.

Pero, lo que pasa siempre: los públicos le mimaron mucho, los revisteros le jalearon más, yo le toleré también bastante, y el muchacho se echó á dormir. Se hizo tumbón, huyó el peligro, y jugó con el pueblo, sin reparar (¡verdad que era muy niño para tener experiencial), que el pueblo es un gatito de mala índole, que saca las uñas y da un zarpazo cuando más descuidado está el que juega con él.

Hace tres años vinimos á esta ciudad de X, para dar dos corridas durante las fiestas. Los billetes se vendieron caros, pero la afición se mostró decidida, y la Plaza se vió inundada de gente. En la primera corrida todo marchó bien hasta el momento de poner banderillas Diego. Entonces, ¡María Santísima! la grita fué monumental, espantosa, de las que hacen época. La desidia del banderillero y su insolencia frente á las protestas del público, pudieron ocasionar un verdadero conflicto. Terminó la función, y yo me marché de la Plaza, sin dirigir la palabra á Dieguillo. En el tiempo que llevaba trabajando á mi lado, le había tomado cariño entrañable, y me dolió mucho aquella manifestación en contra suya.

Al día siguiente, antes de empezar la lidia, le llamé y me encerré con él en la enfermería. «Diego—le dije—ha llegado el momento de hablar claro. Los disgustos que me estás dando no pueden continuar. Yo te traje á mi cuadrilla combatiendo la oposición de los que hoy son tus compañeros; te he conservado á mi lado, luchando contra la envidia y las malas intenciones; te he dado lecciones que nadie ha recibido de mí. Y tú, por todo agradecimiento, después de darme la dedada de miel con unas cuantas monadas, te echas en el surco, y das lugar á escándalos como el de ayer. Mis enemigos empiezan á burlarse de la protección que te he dispensado, y del entusiasmo con que te he defendido; y bien sabes tú que yo no aguanto burlas de nadie. Esta situación tiene que acabar, y va á ser hoy mismo. O en esta corrida te portas como tú sabes y yo quiero, ó te separas de mí para no volverme á hablar jamás. Tú verás lo que te conviene.» El chico me miró fijamente, y me dijo con seriedad: «Maestro, es usted el único hombre á quien respeto en el mundo. Le juro á usted que no volveré á decirle lo que hoy me ha dicho.»

Y empezó la corrida, y tocaron á banderillas; y cuando puso Diego el primer par, creí que la Plaza se venía abajo; tal fué la ovación que tuvo. Palos mejor clavados, no he visto nunca. El entusiasmo era indescriptible, y el más entusiasmado, debo confesar que era yo. Citó segunda vez al toro, y en un momento que yo me distraje, oí una voz que gritaba: «¡Ay, madre mía!» y después un chillido general de terror. Volví la cabeza, y vi á Dieguillo tendido en el suelo. Creí que me volvía loco cuando le llevaron á la enfermería. Me había obedecido, pero un rasgo de valor le perdió; y donde su arrojado buscaba el aplauso, encontró la cogida.

Cuando le pusieron en la cama, me acerqué á él. No puedo explicar lo que sentí al ver aquella chaquetilla verde teñida de rojo, aquel cuerpo inmóvil, y aquellos ojos cárdenos, apagados, sin luz. Me cogió una mano, y con voz casi imperceptible, exclamó: «Maestro, ya no me silbarán más. ¿Está usted contento?»

Allá los médicos le manosearon la herida, y escribieron un parte lleno de palabrotas enrevesadas, que ninguno entendimos. Lo cierto es que Dieguillo murió después de una agonía espantosa.

Calló el espada. Y al cabo de un rato, enjugándose las lágrimas, dijo:

El que sostenga que los valientes no lloran, miente.

ANGEL OSSORIO Y GALLARDO.



EN CIUDAD REAL

No las tenían todas consigo los manchegos; pues contra lo que ordinariamente sucede tratándose de toros, que se empieza á hablar de la materia con mucha antelación, este año se avecindaba el presente mes, en el que celebra su feria la ciudad del Rey Chico, y el asunto cornamental permanecía en el más impenetrable secreto. Remordimiento de conciencia hubiera sido, en verdad, que una población tan marcadamente taurina, como la capital de la Mancha, hubiera omitido en su programa de festejos las impresionables corridas; y comprendiéndolo así su ilustre Ayuntamiento, acudió á tiempo á subsanar la falta, organizando, en el corto espacio de diez días, las dos *touradas*, que dirían en Portugal, llevadas á feliz término en 16 y 17 del corriente.

A tales alturas, es difícil aunar bien los elementos que intervienen en esta clase de fiestas, para el mejor resultado de ellas; sin embargo, en las de Ciudad Real se consiguió la cooperación de Lagartijo y su cuadrilla, y la de su discípulo y patrocinado Torerito, adquiriéndose ganado de Aleas y Patilla. No sabemos si esas mismas prisas habrán obligado á recurrir á las expresadas vacadas; pero si nos atrevemos á afirmar, que cualquiera otra, en sustitución de la de Aleas particularmente, hubiera proporcionado mayor aliciente á las corridas que nos ocupan.

En Ciudad Real como en Madrid, y en otras varias Plazas, los toros de Aleas lidiados la primera tarde, dieron el lamentable resultado que hace algunos años vienen ofreciendo, presentando muchas más condiciones para las tranquilas faenas agrícolas, que para las esforzadas luchas del Circo.

De los seis cornúpetos corridos el primer tarde, únicamente el segundo y último cumplieron regularmente, sin traspasar el límite vulgar; pero los cuatro restantes cayeron de lleno bajo la denominación de bueyes corpulentos. Entre todos tomaron el vergonzoso número de treinta y un puyazos, y dejaron nueve caballos para el arrastre, librándose más de uno del fuego, por tomar las tres varas acosado por los picadores.

Consecuente á su cualidad de huidos, se prestaron poco á las demás suertes, compendiándose el trabajo de los matadores en esta forma: Lagartijo, al primero, seis pases de todas clases y media estocada caída; al tercero, una faena deslucida de muleta, por el aire y por el toro, un desarme, un pinchazo en lo alto; otro pinchazo; media estocada bien señalada y un descabello á la primera; y al quinto, un pinchazo sin soltar, una corta, saliendo tropicado, y un bajonazo en las tablas. El Torerito, se deshizo del segundo previos 11 pases, de una gran estocada, desde lejos ó á paso de banderillas; del cuarto, de un pinchazo sin soltar y media estocada en su sitio; y del sexto, de otra estocada muy aceptable. Los matadores parearon al último, clavando Rafael I uno superior, y Rafael III uno y medio regulares. Se distinguieron picando Agujetas y el de los Gallos; con los palos, Antolín, y bregando, Juan.

Los servicios y la entrada, buenos; suspendiéndose la lidia algunos minutos en el tercero, por consecuencia de una violenta racha de viento.

La segunda corrida satisfizo más á los aficionados. El ganado de Patilla fué, en su mayoría, bueno; pues si bien flojearon dos de los bichos, los demás cumplieron, y el sexto con exceso, tomó 12 varas con gran bravura y poder, y dejó tendidos seis caballos. 14 de éstos para el arrastre, por 50 de aquéllas, arroja el balance del primer tercio.

Rafael hizo una larga faena con el primero, disculpable porque el animalito estaba tonto y huido, á consecuencia de haberle apurado más de lo conveniente en varas, entrando á matar con una estocada á volapié, con tendencias, un pinchazo sin soltar, otro en lo alto, otro asimismo bien señalado, y media estocada á paso de banderillas, que hace doblar al toro. En el tercero, enjendró con la muleta una de esas elegantísimas y magistrales faenas, en las que nadie le aventaja, intercalada de pases naturales, cambiados, en redondo, enmendados, etc., entrando después al volapié con una estocada que resultó tendida por un extraño del toro, y que enmendó el diestro con otra en la misma forma, superior de verdad. En el quinto aburrió al público, pinchando mucho y mal: un pinchazo en hueso, media estocada caída, dos intentos de descabello, dos pinchazos más, otra media estocada, dos intentos de descabello, una estocada baja y otra dolorosa: he ahí la desdichada faena del diestro.

El Torerito cobró al segundo, después de siete pases, con una muy buena estocada á volapié; al cuarto, de un pinchazo bien señalado, una estocada hasta el puño, atravesada, y un descabello al quinto golpe; y al sexto, de media estocada caída y una entera, también hasta los gavianes. En quites, estuvieron ambos matadores eficaces y trabajadores.

La gente bregó más en esta corrida que en la primera, sobresaliendo, como siempre, Juan, en banderillas Antolín y Manene, y picando Agujetas, sobre todos.

La entrada, como en la tarde anterior, muy nutrida, notándose mucha afluencia de forasteros, y ocupando los palcos la representación más escogida del bello sexo de Ciudad Real y su provincia.

DON CANDIDO.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Madrid.

Teléfono 133.